

Uno de mis primeros encuentros con la obra de Jorge Macchi (Buenos Aires, 1963) sucedió con *Vidas paralelas* (1998). Resguardados en una sencilla mesa-vitrina, dos vidrios rectangulares rotos entre (casi) idénticos resquebrajamientos, recuperando por contigüidad sus respectivos acomodos, los restos irregulares exhalaban un silencio tímido pero consistente sostenido sobre los bordes de su propia fragmentación. Ese doble quiebre parecía resguardar una premonición distendida *entre* la temporalidad de ambos vidrios, cada uno condensando la singularidad no-evidente de su acontecer residual.

Sucedía que uno de los dos vidrios albergaba el instante del 'quiebre originario', consecuencia de un solo golpe infligido con fuerza suficiente para afianzar –azarosa e irreversiblemente– sus efectos; trazando sobre la extinta continuidad de su superficie un tendido de heridas expuestas. Así que el paralelismo enunciado por título confesaba la factura del *otro* vidrio como un ejercicio de cuidadosa repetición desafiando el germen intraducible, pero (casi) replicable, que conlleva la destrucción. Los cortes del segundo vidrio emergían pues desde el anverso imprevisible de lo accidentado siguiendo una paciente y férrea decisión por replicar con pequeños, asertivos y meticulosos golpes, la forma del primer quiebre.

Siendo imposible discernir cuál de los dos cuerpos rotos albergaba el quiebre-origen, era *entre* aquellas vidas paralelas donde Macchi había logrado develar la imprecisa singularidad que distancia dos existencias – (casi) idénticas pero procesualmente polarizadas– en el acaecer de su materialidad. Desde entonces Jorge Macchi perseguía aquello que configura de unicidad la materia cuando íntegra y la singularidad de sus efectos y consecuencias potencialmente contenidas. (*Cover 05*, 2012).

La trayectoria de Jorge Macchi desde entonces ha sucedido como una reflexión regida por una determinada conjunción de variables entre las que destaca un empeño latente por situar los residuos del tiempo y/en la intención del gesto artístico como una suerte de frágil veladura cuya persistencia reside en nuestra capacidad para habitar sus huellas. Remanentes habitados por fragilidad del sentido y la sutil y silenciosa poética que conforma la existencia –desde su perspectiva entendible como una secuencia de pequeños accidentes entre los que ha de buscarse el tiempo todavía posible para el encuentro como pretexto de continuidad.

Muchos años después me enfrento con un 'nuevo' y aparentemente imprevisible cuerpo de obra. (Entrecomillo el carácter 'novedoso' para recordar que Macchi se formó como pintor.) Así pues, en este 'segundo encuentro' (señalado simbólicamente por compartir la distancia entre gestos experimentada ante los vidrios quebrados) Macchi expone siete óleos de gran formato en los que vuelve a dar lugar a una serie de enfrentamientos, réplicas y quiebres (in)visibles.

Las pinturas que dan cuerpo a la presente, pueden distinguirse entre despliegues abstractos y abstraídos de reflexiones significantes pero habitados por una gestualidad de impulso expresionista que acontece ajena a cualquier otra intención o destino que el despliegue liberado de su ser-materia (*Cover 07*, 2013); y, por otro lado, están aquellas obras que comparten por estrategia un juego visual desengañado, dando cuenta de los trucos y posibilidades esenciales del plano pictórico, sobre-evidenciados en composiciones de imprecisa delimitación sistémica y geométrica (*Cover 01*, *Cover 04*, 2012).

Recordar aquí y ahora la materialidad-sucediendo *entre* aquellos vidrios paralelos, acompaña la experiencia de esta 'primera' apuesta pictórica del artista, anclando sus procesos en confirmaciones gestuales sobre la insuficiencia del arte cuando su representación deviene enunciable sin riesgo, sin cuestionamiento e imposibilitada para reconocer la materia de lo impreciso y lo indecible del quiebre injerto.

En el catálogo Cuauhtémoc Medina, curador de la presente muestra primero expuesta en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo (México), entonces denunciaba las recurrentes frustraciones tendidas entre las obras y su traducibilidad discursiva. Concuero, pues hay que reconocer que el reto que estas pinturas lanzan despierta en su materialidad pictórica, obligándonos a recurrir y recorrer nuevamente aquel espacio tensado *entre* el quiebre y lo quebrado (*Cover 06*, 2013); ese sin-lugar habitado por una incansable e inclemente negociación entre la imprudente libertad del gesto corporal/creativo que hace visible su anhelo por consumirse desenlazado de constricciones formales predecibles (*Cover 02*, 2013); y el reconocer aun constreñido de una temporalidad pre-configurada que, sin embargo, asume la fragmentación de lo 'decible' como defensa ante el espectro acechante de su propia replicabilidad, sin veladuras y de un solo golpe.

( Nota para la revista Artforum sobre la muestra *Prestidigitador* , Museo Universitario de Arte Contemporáneo, Mayo, 2014)